
ARTICULO ESPECIAL

PRIMERA CATEDRA DR. NICOLAS PICHARDO

Señor Rector, Autoridades Universitarias,

Señores Profesores, Compañeros Médicos,

Damas y Caballeros.

Hace algunos días, al cumplir mis 61 años, meditando sobre este acto, entonces solamente programado, me preguntaba si sería posible cuantiar la responsabilidad de un hombre para conocer en qué medida resulta, total o parcialmente, acreedor al Laurel o al INRI con que el laudo de sus conciudadanos premia o castiga sus actuaciones.

Y al plantearme esta pregunta mi intimidad acepta que la medida no es absoluta, que resulta incontrovertible que otros seres y otras situaciones comparten la acreencia, aún cuando no encuentro la manera de cuantiarlas exactamente, y ésto así, porque si en la acepción de "responsabilidad" va subentendida de una parte la obligación moral, de la otra parte figura el albedrío que sí puede contener muchas posibilidades, de manera cierta contiene poca libertad.

Poca libertad digo, porque si en gran medida todo hombre es arquitecto de su propio destino, jamás sin embargo, podrá inscribirlo fuera de las coordenadas que son su herencia y su formación y sus actos sólo serán inteligibles si se les mira en su propio escenario y se les examina en el contexto de su tiempo.

Por eso creo que no existe la expresión absoluta; que nadie es totalmente virtuoso, que nadie es totalmente vicioso, que nadie es absolutamente responsable y que siempre, es pensable el perdón.

Imposible se hace en verdad destruir los componentes instintivos de la personalidad, que son herencia obligada para asegurar la permanencia de la vida en la naturaleza. Impensable resulta que no actúan sobre mi comportamiento, los circuitos programados y activados hace 200 millones de años en el rinencéfalo de un saurio, si en la intimidad de mi encéfalo llevó como herencia filogenética el mismo rinencéfalo con idénticos complejos electroquímicos. Puro sueño es creer que mi razón, última cualidad aparecida en mi psiquismo, pudo seleccionar la programación que en mis albores imprimieron en mi cerebro, todos esos manipuladores de mente y de conciencia, que hicieron de mí, y a su mejor entender, un ente social. ¿Y cómo suprimir la modulación que a mis actos imprimen mis emociones, nacidas allá, en lo más recóndito de mis estructuras límbicas y reticulares? . ¿Cómo trastocar el quimismo de trillones de sinapsis cuya función e integración hacen toda mi personalidad instintiva, emocional y racional? . No, que para mí es cierto que ya a los 5 años se ha convertido el hombre en un giriscopio y se le ha orientado en una trayectoria inmutable y por siempre jamás su nombre será

Pedro o será Alejandro o será Alberto; que el hado ciego hace a los hombres o de arcilla o de mármol o de bronce y corresponde a su voluntad y a sus circunstancias transformarse en lodo o en canto, o estatuilla, o monumento, o en Pedro pescador de Almas, o en Alejandro conquistador del mundo o en Alberto Einstein, el genio inmarcesible, pero solo y singularmente si se ha nacido ese Pedro con sus propias circunstancias, o ese Alejandro en su propio mundo, o ese Alberto en su tiempo.

Cada hombre es una tangente a un punto, a un punto que es su destino y que solo él podrá cumplir por definición, y ésto en la medida que él se organice y convierta en línea. La orientación imprescindible ya está dada por su estructura socio-biológica.

La integración en una línea, la formación, está condicionada en gran medida por dedicación que es empeño y voluntad y es al final de cuentas suma de enseñanza y captación, de triunfo y de fracaso, de premio y de castigo, de júbulo y de angustia, es en fin, el moldeamiento de la materia humana por los padres en función de concuencia y por los maestros en función de cultura y de progreso.

Por ésto pretendo que a mis padres y a mis maestros debo en gran medida lo que llevo inscrito en mi ser y la imagen que proyecto en la sociedad en que actúo. Por eso creo que ellos, aunque en medida no evaluable, son responsables de mis hechos. Por eso entiendo que a ellos más que a mí quizás, honra todo cuanto aquí se ha dicho y se ha hecho y es en nombre de ellos, que me hago depositario del premio que reconoce como bueno y válido lo que supieron hacer de mi alma y de mi pensamiento.

Señor Rector, Señores Profesores, Compañeros Médicos, Damas y Caballeros que con su quehacer y su presencia hacen de esta noche algo imborrable en mi recuerdo, en nombre de mis padres, en nombre de mis maestros y en el mío, recibid nuestras más acendradas gracias por así honrarnos y tened la seguridad de que mi voz dice el sentir de todos esos ausentes, porque ahora es un coro hecho de todas esas voces que no han muerto en mi recuerdo y de todos esos seres que viven por siempre en mi conciencia y en mi agradecimiento.

Especial mención quiero hacer de Ana Cuevas y Ana Aquino que me enseñaron mis primeras letras; Profesores Yáñez, Febrillet y Pablo Otto Hernández que corrigieron y disciplinaron mis resabios; Profesor Aliro Paulino, que de cada lección hacía un safari de entusiasmo a caza del saber; Doña Luisa Vda. Alfau resumen de todas las virtudes de una mujer; Profesores Enrique Marty Ripley, Fabio Mota, Urania Montás que desbordaron nuestras ansias de saber obligándonos a bajar dos estrellas del cielo donde solo brillaba una; Dr. Gilberto Gómez Rodríguez y Onofres Marmolejos, que me dieron el gusto de lo biológico y siguen siendo para mí gigantes de la inteligencia y la memoria; Profesor Andrés

Avelino que me mostró otros caminos que no son los de la tierra. Y toda esa pléyade de médicos ilustres que me dieron su ciencia, me enseñaron su arte y pusieron a mi vera ese, desde entonces invariable compañero de mi ruta, que es el enfermo.

Todo cuanto he dicho es mi intimidad, que si puedo conocer por simple introspección, ustedes como reza la sentencia bíblica, solamente conoceréis por mis hechos; esos que en un principio decía ser solo inteligibles en el contexto de mi escenario, de mi tiempo.

Esos actos siempre señalan una lucha entre la sociedad de una parte, que pretende modelarnos a todos de acuerdo con sus instituciones y su prototipo social y de otra parte nuestra voluntad mañosamente empeñada en hacerla a nuestro entender, unas veces poco a poco, con el silencio de un discreto gotear, otras veces con el estruendo de un cataclismo que señala su decapitación por la voluntad inagotable, las energías inconmensurables y el delirio mesiánico de un hombre, que luego la rehacerá por entero a su antojo para así coronarse Héroe, o Santo, o Gran Asesino en las páginas de la historia. Entre esos dos extremos se extiende la gama infinita de los nichos del valer humano, pero es condición inescapable que con el fanal del futuro se puede reconocer los cuerpos que los ocupan y solo a su resplandor saber quienes fueron los simples, quienes fueron los buenos, quienes los malos, quienes fueron los Héroes, quienes los Santos....

Por todo ésto Damas y Caballeros, que con su presencia dan calor humano a este acto, es que me limito a considerar como simplemente posible, que yo haya realizado algo, que debiéndose a mi puro y simple quehacer, contenga merecimientos, que las simpatías de algunos, el agradecimiento de otros y la emotividad de todos, magnifique al punto de crearlo merecedor de premio.

Yo, reducido por el contagio emocional, pudiera decir, tembloroso y avergonzado, lo acepto y lo recibo, primero porque en ese acto va envuelto un premio a la mujer que es mi compañera, por haber sido siempre el más tierno acicate para empujarme a la acción y el ajustado censor de mis actos, y segundo, porque espero que, pasados los años y nosotros, el fanal del futuro se detendrá sobre mi nicho y entonces convalidará o negará el contenido simbólico de lo que estáis haciendo esta noche.

Mi escenario, el tiempo en que me ha sido dado vivir, es tiempo extraordinario. Como tiempo, es igual a todos los otros conocidos, siempre histórico y por tanto inscrito, como toda la historia humana en páginas que desfilan sangre: Caín sigue siendo todavía el vecino más cercano de Abel. Extraordinario, porque en él casi desaparece el hombre como entidad, aplastado por la sociedad y la colmena humana; porque todos sus resquicios están llenos de angustia; porque en su lapso se ha extendido, casi a la velocidad de la luz el universo físico y científico del hombre, mientras la moral humana todavía sigue abandonada entre el neolítico y la edad del bronce.

Tan solo en mi limitado campo, en lo que va de mi generación, casi todo ha sido revolucionado por nuevos conocimientos, nuevas técnicas o cambios substanciales en las antiguas. De los sistemas medievales baconianos, todavía vigentes en los años 30 y que amarraban el progreso a lo estrictamente demostrable, se pasó a la liberación que ha

permitido adentrarse en el hombre y en la sociedad y como corolario, se saltó de la medicina que solo conocía de la enfermedad, a la medicina que tiene por objeto el hombre global: físico, psíquico y social. De la concepción de una naturaleza eternamente sabia se pasó a los escándalos biológicos de las enfermedades por autoinmunidad. De la observación impotente de la invasión microbiana al milagro de las sulfas y los antibióticos y de inmediato al fracaso de la fanfarronería humana que creyó podía archivar los microbios en estanterías de museo. Desde la moral de la cureta hasta la moral de la píldora. De la macroquímica de la orina, a la química molecular que explica tesarismosis y vicios metabólicos; de la simple fotografía que mostraba un hipertiróideo o un cushingniano al edificio gigantesco de la endocrinología. Del arcano de una cariocinesis a los genes y los ácidos nucleicos; de la apendicectomía que consagraba un cirujano al trasplante de víscera que ya le deja en el anonimato. De la semiología del estetoscopio y la percusión a la semiología del cateterismo vascular, de la angiocardiógrafía y de la isotopografía. De la terapia digitalica a la terapia valvuloplástica. Desde la especialización trina: medicina, cirugía y obstetricia, hasta el conocimiento enciclopédico sobre una partícula y por fin el saberlo todo de nada... tiempos ciertamente extraordinarios....

En éste mi tiempo, mis actos los he realizado fuera de los grandes escaparates por timidez y sobre todo, por vocación, que fundamentalmente soy maestro y médico, médico práctico, médico de hombres. Ninguna de esas dos actividades aceptan candilejas o toleran ademanes histriónicos, porque su ejercicio transcurre bajo los ojos, no de los que desconocen y aplauden, sino de los que no perdonan tonterías o errores: los alumnos y la muerte.

Mi ejercicio profesional siempre tuvo las dos vertientes, la del hospital y la práctica privada. La primera la viví sin sobresaltos, porque el medio me era bien conocido, que allí transcurrió mi vida de estudiante y adquirí mis conocimientos. La segunda, mi práctica privada, con frecuencia me planteaba problemas incomprensibles. Muchas veces el enfermo sentado a mi escritorio o recluso en su aposento no encajaba en los esquemas por mí conocidos. Desplegaba actitudes y contaba cosas totalmente nuevas, que nadie me había enseñado y que poco a poco en su reiteración se me fueron imponiendo como importantes y terminaron dibujando frente a mí al enfermo completo, esa simbiosis de hombre y de enfermedad. Ya nunca más, apuntalado por mis lecturas, pude clivar y separar la dualidad, el anverso del reverso, porque aprendí que la enfermedad es un proceso que irrumpe en la vida de un hombre trastornando su fisiología, pero que al mismo tiempo puede desquiciar su precario equilibrio psíquico y que con frecuencia vuelca su posición familiar y social; porque aprendí que si el dolor martiriza, la angustia destruye; porque no conocí a nadie que pudiera volverse un Cirineo y echar sobre sus hombros la mitad de ese dolor; porque he leído en sus ojos el espanto de saberse rondando inexorablemente hacia la disolución de la muerte; porque la soledad del hombre en esta tierra ni Dios pudo remediarla en su hijo; porque nadie puede borrar el se tremendo saber: en polvo te convertirás....

En mi magisterio, todo lo hice con entusiasmo de vocación y con empeño de dar lo que a mí se me había dado y lo que pude allegar. Solo que como mis maestros, a mis

discípulos solo me fue posible enseñarles la enfermedad. El otro lado de la moneda, el hombre siempre se resistió a aparecer en las cátedras. Y es lógico que así sea porque el hombre se cierra y no ofrece su intimidad en el anfiteatro al grupo que lo estudia y porque en las salas del hospital solo está reclinado en las camas, la enfermedad, el hombre ha huído o no es más que un conejillo asustado en aquel ambiente donde es el último del escalafón, donde no puede explicarse porque falta tiempo para oírle, donde nadie le explica nada, donde nadie siente la necesidad de cuidarle su pudor, donde sin aparente justificación se le hace sufrir diez tomas de sangre, un sondeo, una enema, una punción lumbar; donde el pavor le paraliza el alma viendo morir al vecino; donde el sueño se le escapa al soplo de quejidos, donde nunca existe el regazo de una sonrisa, el refugio de un amigo o una mano que consuela acariciando

Aquí terminan estas digresiones. Ellas apuntan hacia el hombre biológico y el hombre cognoscitivo, con sus circunstancias, sus juicios de valer, su vocación y sus fallas a quien habéis premiado.

Su propósito es doble. Primero señalar la necesidad de

ahondar la enseñanza de la psicología médica; que se capacite más al estudiante para que sepa desenvolver mejor su futura comunicación con el enfermo; que con él se estudie la interacción médico-enfermo y que se le enseñe en qué dosis y porqué vías se administra ese medicamento maravilloso que es el médico redondamente capacitado. Su segundo propósito es que si después de entenderme mejor todavía creéis que se me puede conceder una petición, aquí la formulo a los que organizarán y pondrán en vigencia esta cátedra: que por lo menos de cuando en vez, su tiempo se emplee en llenar el vacío señalado.

Si así ocurriere, entonces y solo entonces, sabría que he sido útil y me sentiría completo; porque a mi través se mitigarán grandes angustias y muchos médicos recuperarán el equilibrio que los devolverá a la grey de los humanos y a los eternos valores consagrados por la Paideia ateniense, en los que siempre creeré y siempre aceptaré como un faro de la conciencia humana.

Dr. Nicolás Pichardo — 20 de Abril de 1974

VOLANTE DE INSCRIPCION

ACTA MEDICA DOMINICANA
José Contreras No.8, Santo Domingo, R.D.

Inscripción por un año RD\$10.00.

Nombre: _____

Dirección: _____

Acta Médica Dominicana se publica seis veces al año.
Envíe este volante acompañado de un cheque por RD\$10.00.
No envíe dinero en efectivo por correo.

CAMBIO DE DIRECCION

ACTA MEDICA DOMINICANA
José Contreras No. 8 Santo Domingo, R.D.

Nombre: _____

No. de Inscripción _____

Nueva Dirección. _____

Inscrpción por un año RDS 10.00